

Filología (VIII: 1-2)

1962

NUEVA CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LAS
FUENTES DE BORGES

Con sonrisas escribió María Rosa su "Contribución al estudio de las fuentes literarias de Jorge Luis Borges" (*Sur*, 213-214, julio-agosto de 1952). Quizá no le hubieran desagradado estas también sonreídas aunque menos ingeniosas notas mías.

PRONOMBRES QUE SE DESPLAZAN

La estratagema de narrar un episodio autobiográfico con un pronombre engañoso es un viejo juego retórico. Borges lo usó en "La forma de la espada" (*Ficciones*). Un irlandés cuenta la infamia de un traidor, "un tal John Vincent Moon". Y termina así: "Le he narrado la historia de este modo [en tercera persona] para que usted la oyera hasta el fin. Yo he denunciado al hombre que me amparó: yo soy Vincent Moon. Ahora desprécieme".

La literatura española (o, mejor, las novelas de folletín en España) ya habían divertido al lector con esas imposturas. En *El escándalo* (1875) Pedro Antonio de Alarcón cuenta que, cierto día, un caballero misterioso se presenta en casa de Fabián, en Madrid. Trae una documentación sensacional: el padre de Fabián no es un traidor, como creía toda España, sino un héroe traicionado por "un tal Gutiérrez". El caballero misterioso muestra "una partida de sepelio, de la cual resulta que Gutiérrez falleció hace un año en Buenos Aires". Al final, el caballero, después de haber descrito en tercera persona la infamia de Gutiérrez, exclama: "Yo soy Gutiérrez".

Así suele introducirse, en las leyendas, a los personajes odiosos: el Diablo, el Judío Errante, el Anticristo. Por ejemplo, David Hoffman, en sus *Chronicles of Cartaphilus, the Wandering Jew* (London, 1853) recoge la vieja versión de la visita que Cornelius

Agrippa (1486-1535) recibió una noche de un forastero. De pronto éste habla "del miserable infiel que aporreó a Cristo y lo empujó a seguir bajo el peso de la Cruz", para terminar: "¡Ese infiel soy yo, Cartaphilus, el miserable Errante que ahora tienes frente a tus ojos!" Es posible que Borges conociera esta versión del encuentro de Agrippa y el Judío Errante: por lo menos, en "El inmortal" (*El Aleph*), su Joseph Cartaphilus menciona a Agrippa.

MONOS SILENCIOSOS

En todas las culturas antiguas —Oriente, Grecia, Roma— se conoció el mito de hombres que, al degradarse, se convertían en monos mudos. Y en la Edad Media esa creencia se combinó con el mito cristiano: por ejemplo, en un manuscrito del 1300 se explica que Adán prohibió a sus hijas que comieran ciertas hierbas: lo desobedecieron y, como castigo, parieron monos. Se repetía así el mito del jardín del Edén en un nivel más bajo: también Adán y Eva, después de haber comido el fruto prohibido, habían concebido hijos inferiores a ellos. El mono es al hombre lo que el hombre es a Adán. Esta creencia en monos que descienden del hombre —presente en todas las mitologías, repetimos— ha sido recogida por etnógrafos en algunas tribus africanas muy primitivas: ciertos seres humanos, perezosos e irresponsables, se cansaron del trabajo y de la disciplina de la vida social, huyeron de las ciudades a los bosques y allí se convirtieron en monos. (Bibliografía: William Coffman McDermott, *The Ape in Antiquity*, Baltimore, 1938; y, sobre todo, H. W. Janson, *Apes and Ape Lore in the Middle Ages and the Renaissance*, London, 1952).

La versión del mito debe de ser antiquísima, pues en la literatura hay referencias a ella por lo menos desde el siglo XVII.

El Inca Garcilaso de la Vega, en los *Comentarios reales* (1609), libro VIII, capítulo XVIII, describe a las monas y micos de su Perú: "Porque se entienden con sus gritos... dicen los indios que saben hablar y que encubren la habla a los españoles, por que no les hagan sacar oro y plata".

Richard Jobson, en *The Golden Trade* (1623), se refirió al curioso hábito de ciertos monos (baboons), a quienes los españoles consideraban "como una raza de gente que se rehusaba a hablar para que no los forzaran a trabajar y los esclavizaran" (citado por Robert M. y Ada W. Yerques, *The Great Apes*, New Haven, 1929, p. 11).

Descartes, en su carta a Hécctor-Pierre Chanut, del primero de noviembre de 1646, escribe: "Se dice que [los salvajes] imaginan que los monos podrían hablar, si quisieran, pero que se abstienen a fin de que no se les obligue a trabajar" (*Oeuvres et Lettres*, Paris, Bibliothèque de la Pléiade, 1949, p. 1006).

En 1699 Edward Tyson publicó un libro que hizo época por ser el primero en dar noticias sobre el mono antropoide: *Orang-Outang, sive Homo Sylvestris*. Alguien debió de asociar este descubrimiento de monos superiores con la creencia en monos que, capaces de razonar y de hablar, se negaban a esto último para evitarse conflictos con los hombres. Surgió entonces la sátira de Pope y Arbuthnot —*Essay of the Learned Martinus Scriblerus concerning the Origin of Sciences*, 1713— donde se dice que Orang-Outang es uno de los grandes civilizadores, de quien no hemos oído hablar tanto como se merece precisamente porque es un "filósofo mudo".

Otra de las sátiras es la de Thomas Love Peacock, quien, en *Melincourt* (1817), describe a un orangután africano que es aceptado por la sociedad inglesa más distinguida, ocupa una banca en el parlamento y gracias a su pertinaz silencio adquiere reputación de hombre sabio y circunspecto.

En 1853 Charlotte Brontë, en su novela *Villette* (capítulo XXX), compara el saber oculto de la protagonista con el de los monos: "Como se dice de los monos, que tienen la facultad de hablar y sólo les falta el querer usarla, pero la esconden por miedo de que resulte en su propio detrimento".

Leopoldo Lugones cuenta en "Yzur": "La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relato están dedicadas estas líneas, fue una tarde, leyendo no sé dónde, que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstención, no a la incapacidad. «No hablan —decían— para que no los hagan trabajar»" (*Las fuerzas extrañas*, Buenos Aires, 1926, p. 133).

Jorge Luis Borges —siguiendo a Descartes, según su propia indicación— cuenta en "El inmortal": "Recordé que es fama entre los etíopes que los monos deliberadamente no hablan para que no los obliguen a trabajar y atribuí a suspicacia o a temor el silencio de Argos" (*El Aleph*, Buenos Aires, 1957, p. 17).

Should mention Kafka's Discourse in the Academy here also

TLÖN, UQBAR, ORBIS TERTIUS

En "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" (*Sur*, 1940) Borges imagina un planeta cuyos habitantes, por presuponer la filosofía idealista, hablan una lengua en la que sólo hay verbos, no sustantivos. De esta lingüística especulativa ya Borges había dado muestras: recuérdese su mención a Xul Solar (que reaparece en "Tlön") y su observación de que "los sustantivos se los inventamos a la realidad" en *El tamaño de mi esperanza*. Véase Ana María Barrenechea, "Borges y el lenguaje", *NRFH*, VII, 3-4 (1953), 565-569.

El artículo que dio título a este libro, "El tamaño de mi esperanza", se publicó en *Valoraciones*, La Plata, IX (marzo de 1926), 222-224. Alejandro Korn, director de *Valoraciones*, convirtió el título de Borges en una de las frases de su reseña bibliográfica publicada también en 1926, en la misma revista, donde decía que Alfredo Colmo "no oculta el tamaño de su esperanza" (*Obras completas*, Buenos Aires, 1949, p. 633). Korn leía, pues, a Borges. ¿Había leído Borges a Korn? En "Tlön" nos parece escuchar el eco de la filosofía idealista del lenguaje que Korn expuso en 1922: "Es un problema interesante determinar si los moldes habituales del lenguaje cohiben la enunciación del pensamiento y cómo las conclusiones especulativas de una cultura filosófica superior salvan las trabas de una terminología preformada. Cuán difícil es, por ejemplo, representar una actividad sin agente, cuando por imperio del idioma cada verbo ha de referirse a un sustantivo, sobre todo cuando el nombre es, como en nuestros idiomas, el elemento dominante. Una concepción dinámica exigiría más bien el predominio del verbo para emanciparnos de las imágenes espaciales y estáticas". ("Filosofía quichua", *ibid.*, p. 719); "Un tratado de filosofía, para ser lógico, debiera escribirse con verbos sin emplear un solo sustantivo. La rigidez de los nombres, demasiado sólida y maciza, no se presta para transmitir la noción de un proceso dinámico..." ("La libertad creadora", *ibid.*, p. 223).

Claro que no es necesario inferir que se leyeron: lo probable es que, independientemente, usaran de fuentes comunes. Borges, con seguridad, seguía la crítica del lenguaje formulada por Fritz Mauthner en su *Wörterbuch der Philosophie*: cfr. "Sprachkritik", "substantivische Welt", "verbale Welt", "adjektivische Welt", "Schopenhauer". Korn, de más amplias lecturas filosóficas, conocía bien la historia de la crítica del lenguaje.

En cuanto a las palabras mismas del título de este cuento, no parecen ser claves filosóficas, sino juegos caprichosos. ¿Será Uqbar anagrama de Baruch, Baruch Spinoza? Si es así ¿será Tlön anagrama abreviado de Toland, John Toland, quien refutó a Spinoza? (véase "A letter to a gentleman in Holland showing Spinoza's System of Philosophy to be without any Principle or Foundation", en *Letters to Serena*, London, 1704). *Orbis Tertius* es el nombre de la enciclopedia de Tlön. "Orbis", en efecto, era uno de los nombres que, en la Edad Media, se daban a las enciclopedias. Otro era "speculum". Borges cita la de Vicente Beauvais (c. 1190 - c. 1264): *Speculum Triplex*. También cita Borges una "tercera lógica", después de las de Aristóteles (*Organon*) y Bacon (*Novum Organum*): *Tertium Organum* de Piotr Demianovich Uspenskii. Pero ¿no será *Orbis Tertius* un modo de terciar en el diálogo entre el espiritualismo materialista de Spinoza y el materialismo espiritual de Toland, así como el argumento del "tercer hombre" que Aristóteles esgrimió contra Platón era un modo de terciar entre el Hombre-idea y el Hombre-copia? Borges se refiere al "Homo Tertius" de Aristóteles y a Spinoza varias veces; a Toland, una (en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, 1952, p. 214).

DETECTIVES ARGENTINOS

En "El acercamiento a Almotasim" (*Historia de la eternidad*, 1936) Borges simuló estar reseñando un libro que, con ese mismo título, habría aparecido "en Bombay, a fines de 1932": "El papel era casi papel de diario; la cubierta anunciaba al comprador que se trataba de la primera novela policial escrita por un nativo de Bombay City".

Conocida es la costumbre de Borges de ocultar la realidad argentina en geografías remotas: por ejemplo, en la posdata al epílogo de *El Aleph* dice que la historia de "El hombre en el umbral" se le ocurrió mirando un conventillo de Buenos Aires, pero que la situó "en la India para que su inverosimilitud fuera tolerable". Cabe preguntarse, pues, si al hablar de "la primera novela policial escrita por un nativo de Bombay City" no estaba aludiendo a algún libro que acabara de reclamar el honor de inaugurar el género policial en Buenos Aires. Por lo pronto, esa descripción de la apócrifa novela de Bombay corresponde exactamente a la de *El enigma de la calle Arcos* de Sauli Lostal. Se publicó en forma de folletín en el diario *Crítica* de Buenos Aires, en octubre y noviembre de 1932;

tengo la "segunda edición corregida", con un prólogo firmado en enero (Buenos Aires, Am-Bass, 1933). El papel es casi de diario; y en la cubierta, debajo del nombre del autor y del título, se anuncia: "Primera gran novela argentina de carácter policial". Borges debió de conocerla. En 1933 dirigía el suplemento literario de *Crítica*, y con su interés por el género detectivesco estimuló a otros a cultivarlo: él mismo empezó a publicar allí, a partir de agosto de ese año, sus primeros ejercicios narrativos, que se coleccionarán en *Historia universal de la infamia*, 1935. Debió de conocer también a Sauli Lostal, posiblemente algún compañero de redacción de *Crítica* y por todo ello aludió en broma a su orgullosa declaración de haber escrito la primera novela con detective argentino. El detective es allí un periodista de un diario de la Avenida de Mayo, llamado Horacio Suárez Lerma. Obsérvese que ese doble apellido tiene las iniciales del narrador Sauli Lostal, periodista de *Crítica*, en la Avenida de Mayo; y que el detective descubre al criminal recombinaando las letras de su nombre. Si imitáramos esta cábala acaso descubriésemos que Sauli Lostal es anagrama de un conocido periodista de *Crítica*.

Sin duda *El enigma de la calle Arcos* es la primera novela argentina de detectives, pero Suárez Lerma no es el primer detective argentino. El gusto por la literatura detectivesca se había manifestado antes. Si por narración de detectives entendemos ésa en que se plantea el problema de un crimen para luego resolverlo a lo largo de una investigación más o menos lógica, una de las primeras fue la de Eduardo L. Holmberg (1852-1937): "La casa endiablada" (1896).¹ Hubo otras que se asomaron al género sin demorarse en él. Sólo en mil novecientos treinta y tantos hay indicaciones de que el género ha prendido en las letras argentinas. Donald Alfred Yates, en su tesis doctoral *The Argentine Detective Story*, The University of Michigan, 1960, trae datos precisos. En 1930 E. Anderson Imbert publicó el cuento "Las maravillosas deducciones del detective Gamboa" (*La Nación*, Buenos Aires, 29 de setiembre). En 1932 Sauli Lostal publicó *El enigma de la calle Arcos*. Y desde 1933 Jorge Luis Borges, Manuel Peyrou y Leonardo Castellani publicaron en periódicos cuentos detectivescos que se recogerán

¹ Juan-Jacobo Bajarlia me ha comunicado un antecedente: "El candado de oro", cuento que Paul Groussac publicó con su firma en 1884 y lo reprodujo con el título "La pesquisa" y sin firma en *La Biblioteca*, II, 3 (1897), pp. 362-379.

en libro años después. En 1940 Diego Keltíber, seudónimo de Abel Mateo, publicó *Con la guadaña al hombro*, novela extensa, de ambiente porteño, con detective local y escrita con las reglas del género. En 1941 Borges y Bioy Casares, con el seudónimo de H. Bustos Domecq, comenzaron la serie de cuentos que al año siguiente aparecieron en libro con el título de *Seis problemas para don Isidro Parodi*, graciosos como literatura paródica, intelectuales en sus procedimientos, juguetones e ingeniosos en el problema planteado y en las soluciones dadas por el detective, que es un preso en la cárcel de Buenos Aires. Ambos autores colaboraron otra vez con el seudónimo de B. Suárez Lynch (*Un modelo para la muerte*, 1946), pero también cultivaron separadamente el género. Borges, por ejemplo, con su excelente cuento "La muerte y la brújula" (1942). También de 1942 son *Las nueve muertes del Padre Metri*, de Jerónimo del Rey, seudónimo de Leonardo Castellani, de ambiente argentino y maneras chestertonianas. En 1944 se suma al género Manuel Peyrou con los cuentos de *La espada dormida*, algunos de los cuales habían sido publicados diez años atrás. Probadada ya la popularidad del relato detectivesco, gracias en parte a las contribuciones de escritores argentinos de nota, las editoriales animaron a otros, más jóvenes, a escribir para el gran público. Del 30 al 40 se había hecho buena literatura, en tono de parodia ingeniosa, traviesa y aun humorística, usando la estructura policial para bordar ahí discusiones intelectuales y a veces filosóficas. Quienes, al terminar la década del 40, se sumaron a la moda eran escritores más populares en su gusto y en su propósito.

El enigma de la calle Arcos abrió el ciclo novelesco con el clásico problema del cadáver en el cuarto herméticamente cerrado. Borges ha catalogado las soluciones famosas a tal problema: cfr. *Sur*, 70 (1940) y 107 (1943). No menciona la solución de Sauli Lostal, que no es la peor: dos perros gemelos, uno el de la víctima, otro el del asesino; el asesino sustituye uno por otro después de haber amaestrado a su propio perro para que con los dientes corra desde dentro el cerrojo de la habitación; el perro también queda encerrado, pero morirá en seguida por efecto de un veneno. Acaso Borges no incluyó esta solución en su catálogo porque rompe la regla del género: en vez de encerrar un cadáver encierra dos.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT